

XIII Domingo del Tiempo Ordinario C

Cristianos de marca

"Alguien dijo a Jesús: Te seguiré, Señor. Pero déjame despedirme de mi familia. Jesús le contestó: El que echa la mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el Reino de Dios". San Lucas, cap. 9.

El labrador que guía los bueyes y al arado ha de mantener su vista hacia delante, mientras sus manos sostienen la manquera.

Jesús había observado a algún paisano mientras roturaba las colinas de Nazaret, preparando las eras para el trigo. Y aquel día quiso comparar este empeño del labriego con la decisión de sus seguidores. "El que echa la mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el Reino de Dios".

Al revés de los maestros de su tiempo, el Señor se buscó sus propios discípulos. Llamó a los que quiso, anota san Marcos. Y los diversos evangelios narran con detalle la vocación de algunos de ellos.

Este llamado al grupo de los Doce fue además un ejemplo pedagógico, para que entendiéramos que el Señor nos llama también a nosotros a seguirle. El día de Pentecostés se democratizó esta invitación de Jesús, para que gentes de toda raza, lengua y nación, nos animáramos a vivir a su estilo.

También cuenta el evangelio que algunos voluntarios se ofrecieron al Maestro. Este quizás los hubiera aceptado, pero cada uno ponía condiciones. Este quería aplazar el seguimiento hasta que murieran sus padres. Otro se vendría con el Señor, luego de despedirse de los suyos, que tal vez vivían en un sitio distante.

Jesús declara que seguirlo a El es algo esencial y no puede estar sujeto a condiciones.

A nosotros el Señor hoy nos llama. ¿Nos resolvemos a seguirlo?

Entre los bautizados sólo un grupo va más allá del signo bautismal, para seguir de veras al Maestro. Ellos son quienes, conociendo el Evangelio, deciden traducirlo en su vida. A estos podríamos llamarlos con razón cristianos de marca.

¿Pero qué es para nosotros el Evangelio? Unos lo entienden como una obra literaria, la historia de un profeta judío, o una serie de consejos piadosos que nos llegan por tradición de familia.

Sin embargo, el Evangelio es la noticia oficial de un Dios que nos ama con amor de Padre. Este anuncio que algún día nos estremeció el corazón inicia en cada uno un cambio interior. Comenzamos entonces a enamorarnos de Jesús. A profundizar en su palabra y a sentir que su presencia ilumina nuestras circunstancias.

En consecuencia, el discípulo de Cristo imitará sus criterios al juzgar las cosas, las personas, los acontecimientos. E irradiará en su entorno, a veces sin buscarlo. Porque es alguien transparente, equilibrado, amable.

De otra parte, dos inconfundibles señales identifican al cristiano de marca: Su compromiso con los necesitados y su capacidad de perdón. Sin estos signos, los bautizados seríamos burgueses espirituales, alejados de nuestra propia tierra.

En tales áreas se comprueba y capacita nuestro discipulado: Cuando nos empeñamos en hacer crecer al hermano. Cuando, sanados en nuestro interior, recreamos vínculos fraternos.

Al seguidor de Cristo se le reconoce por la capacidad del corazón. "Las almas se miden, escribió Gustavo Flaubert, por la dimensión de sus deseos, como se juzga una catedral por la altura de sus campanarios".

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y